

March of Women en Washington, D.C.

Ivonne Alemán Zanatta¹

Al enterarme de que un grupo de personas estaba organizando por medio de las redes sociales en internet, lo que llamaron “March of Women” (Marcha de las Mujeres), me sentí feliz, emocionada, y enseguida me fui a comprar un sombrero color rosa con un gran moño a un lado. No era igual en su forma al que usarían miles de mujeres, pero era parecido y la apariencia, para mí, era lo menos importante.

Lo que importaba era el objetivo de la marcha y eso sí estaba claro. Enviar un mensaje directo de inconformidad al nuevo presidente Donald Trump y a su grupo más cercano de colaboradores. Expresar el descontento sobre su conducta racista, misógina, mentirosa y xenófoba.

“Make America Great Again”, el lema que utilizó durante su campaña; especialmente plasmado sobre unas gorras rojas, fue una frase que no solo era confusa y arrogante, sino que parecía que él y quienes lo apoyaron jamás habían leído la historia del país que los vio nacer, y que a sus abuelos y padres los recibió con los brazos abiertos. O quizá, su propósito era verdaderamente ese: volver a los tiempos de la segregación y la lucha constante de sentir que solo por el color de la piel son diferentes y superiores al resto del mundo. Hombres y mujeres han sacrificado su vida y otros han muerto para lograr que de alguna manera cada persona quede integrada a un mundo menos violento y divisorio.

March of Women comenzó con pequeños y diferentes grupos, hasta convertirse en un movimiento no solo para mujeres y a nivel nacional, sino internacional y para todas las edades y géneros. March of Women se convirtió en la voz para todo aquel que quiso manifestar el descontento sobre lo que se

¹ Cursó sus estudios de Licenciatura en Comunicación en Puebla y hace más de 20 años reside en Estados Unidos. Ha trabajado para las afiliadas de Telemundo, Univisión y radio en Español. Actualmente, trabaja para el periódico *El Tiempo Latino*, que cubre el área metropolitana de Virginia, Maryland y D.C. Escribe sobre diferentes temas políticos, sociales y de espectáculos.

considera para las personas como injusticia, desigualdad y hasta una falta de respeto y tolerancia a los derechos civiles y humanos.

Pasaron los días, ya no había mucho qué hacer. Seguían los preparativos para la toma de posesión del presidente número 45 de los Estados Unidos, Donald Trump, y de Michael Richard “Mike” Pence, su compañero de campaña, como el nuevo vice-presidente, un abogado y ex gobernador de Indiana. La ceremonia se llevaría a cabo en el frente del majestuoso edificio del Capitolio el viernes 20 de enero.

La carrera hacia la presidencia fue catalogada como turbia, sucia, llena de mentiras donde los medios de comunicación jugaron un papel importante en la elección, y donde hubo intervención de fuerzas extranjeras. Así que el día de la inauguración, millones de personas se sintieron desmotivadas y desmoralizadas por la inestabilidad e incertidumbre que se avecinaba, no solo para el país sino para el mundo entero.

Muchos medios de comunicación presentaban imágenes e iban narrando sobre la llegada de los familiares e invitados especiales de Trump y también, de las personas que querían celebrar la victoria de su candidato.

A pocas cuadras del lugar, se llevaban a cabo manifestaciones. La gente estaba inconforme porque Trump no ganó el voto popular sino el electoral, y marchaban con carteles pidiendo no solo la renuncia del presidente, sino contra el racismo, la falta de respeto hacia grupos minoritarios, el fascismo, la construcción del muro en la frontera con México y la intervención de Rusia en todo el proceso de elección.

A tempranas horas, sucedieron unos disturbios violentos, donde gente vestida de negro y cubriendo sus rostros, rompió los cristales de algunos negocios y autos, entre ellos los de una limosina que se encontraba estacionada, un banco y una cafetería. Algunas calles del área metropolitana de la capital ya estaban salvaguardadas por los militares. Alrededor del medio día, los inconformes seguían marchando y protestando. La policía de Washington, D.C. hizo su aparición. Comenzaron a dividir a la multitud por cada cuadra. No dejaban que todos los manifestantes se unieran. Más de cincuenta policías uniformados y con su equipo de protección, se colocaron en línea en cada cuadra para intimidar a los que protestaban. La policía formó barricadas con el objetivo

de que los manifestantes se concentraran en el parque Franklyn Square y no salieran de esa zona.

La policía gritaba al unísono “Move! Move!” (*¡Muévanse! ¡Muévanse!*), mientras que avanzaban paso a paso contra la multitud. Resultando en empujones y algunos golpes. Algunos policías lanzaban las conocidas bombas como *flash bombs*, frente a los manifestantes.

En un momento de calma entre la policía y los manifestantes, un hombre de cabello blanco, con lentes y con abrigo color oscuro, se paró en medio de la calle con un cartel que decía “Trump is not my President!” (*Trump no es mi presidente*). Por supuesto que para los que estábamos cubriendo y tomando fotografías pensamos que sería un excelente *shoot*, captando la situación precisa de ese momento.

De repente, sentí un fuerte golpe en mi pierna y escuché un ruido muy fuerte. Una de las *flash bombs* me había golpeado en la pierna, me dobló y no caí completamente porque pude meter mi mano a tiempo. El humo me cubrió y tal vez por el estruendo de la explosión, me quedé sin escuchar por algunos segundos. Tres jóvenes me ayudaron a moverme de la calle y me sentaron en una esquina para darme los primeros auxilios.

En mi mente, lo único que me importaba en ese momento era cuidarme la herida en la pierna, para no perderme uno de los acontecimientos más importantes de la historia: March of Women, y representar a nuestras mujeres hispanas que luchan y buscan la manera de sacar adelante a su familia.

Una compañera de trabajo y yo tomamos el metro. Ya venía repleto de gente con sombreros rosados. La gente sonreía, se sentía un ambiente de optimismo, una energía positiva. En March of Women se podía observar la presencia de personas de todas las edades, niveles sociales, diferentes países y religiones que apoyaron la marcha. La energía de compañerismo e igualdad se sentía latente. Se escuchaba a la gente decir al unísono frases que rimaban en inglés. Las mujeres gritaban “My body-My Choice” y los hombres contestaban “Her body-Her Choice”. Otras que se escucharon fueron “This is what democracy looks like” y “All immigrants are welcome here”.

Caminamos varias cuadras a la redonda por varias horas sin parar y sin guardar silencio. Pasamos por algunos museos como el afroamericano, recién

inaugurado hace unos meses atrás por el ex presidente Barack Obama y a un lado, el majestuoso monumento George Washington. Llegamos a donde estaba previsto: reunirnos frente a la Casa Blanca. Solo que no pudimos acercarnos mucho porque la marcha rebasó el número permitido de asistentes. Solo en la capital de los Estados Unidos marchamos más de 500 mil personas. Una cantidad casi triplicada a los que asistieron un día antes a la inauguración del presidente, la cual se estimó en 190 mil.

Ya era momento de irme a casa y el día comenzó a verse un poco gris, pero no el ambiente. La gente seguía llegando por cientos para reunirse frente a la Casa Blanca y seguir gritando sobre todo lo que ahora nos hace sentir inconformes.

Me fui a casa satisfecha, el dolor en mi pierna no me había impedido marchar y usar mi sombrero rosa con ese moño grande, nadie lo notó. Yo también pude alzar mi voz en contra de lo que millones de personas en el mundo entero sabemos es injusto, inhumano y atenta contra cualquier derecho.

Seguiremos utilizando el sombrero rosa, o de cualquier otro color, como arma de combate para tratar de ganar las batallas que se nos presenten de ahora en adelante.